

Se abre el día en la cóncava bóveda del cielo y por la estrecha ranura que deja el cerrado firmamento penetra la suave y dulce Aurora, la de dorados dedos, como la describió el excelso Homero, que nos regala su luz y sus rojizos amaneceres. En ese instante fugaz, el día aprovecha para apoderarse de la noche, la luz para expulsar a las tinieblas y los rayos del Sol para teñir de añil las oscuras aguas del océano. Despierta Gijón en el Cantábrico y emerge casi dormida de las negras oscuridades del agua. Sale de su concha la perla milagrosa de una ciudad tan antigua como la existencia misma y que ha navegado por los distintivos oleajes del destino. El magnánimo cielo regala a los gijoneses otro día y éstos, en correspondencia, se disponen a regalarle a su madre milenaria una celebrada fiesta, el día de la Virgen de Begoña, de orígenes inciertos. La Aurora de dorados dedos alumbraba con su cálida luz los pequeños rincones de la reverdecida aldea: el modesto Piles parece en el claro oscuro del amanecer un río gigantesco, la playa de San Lorenzo brilla como una patena, la iglesia de San Pedro reduce al sol como la misma Aurora, y un par de barquitos veleros salen de El Musel y desde la orilla oímos cómo «las rizadas olas gimen a los lados de las quillas al compás del avance de las naves», como describió, asimismo, el divino Homero.

Dicho está: somos, a todos los efectos, homéricos. Como lo son por adopción todos los hijos de los mares de la Tierra, descendientes directos o indirectos de aquellas enrevesadas aguas de la Grecia antigua que vieron un día cómo Aquiles y sus aqueos, de pies ligeros, marchaban a conquistar Troya y a hacerse dueños de los mares. Pero somos también homéricos por otras paradojas de la genética: criadores de mitos, «empolladores» de cuentos, principalmente el propio que choca permanentemente con la lógica, atrevidos tejedores de sueños de final casi siempre incierto. Reina entre nosotros la narración oral y estamos emparentados con los poetas orales de las viejas epopeyas. La oralidad está en nuestra genética. Somos un descolorido reflejo del inmortal Homero, pero de esa raíz brota nuestra naturaleza. De toda esa tradición oral queda muy poco, arrollada como ha sido por las más superfluas vacuidades. Víctor Bango, Vitorón, es seguramente nuestro último aedo, el último cantor poético que cuenta la vieja historia oral de esta antigua aldea. Zeus tronante, gijonés arquetípico, de alada lengua, anarco de su santa voluntad y gana, albacea oral de García, depositario de las esencias, narrador de la historia no tergiversada del Gijón auténtico, ya casi desaparecido. Nuestra modesta «Iliada», nuestras grandes y pequeñas epopeyas, se narran y recuerdan improvisadamente, con

## Un retrato de Gijón y sus habitantes en la jornada grande de las fiestas

### Día de Begoña

LUIS MEANA

todas sus virtudes y defectos, en Casa Víctor, a las horas de la comida y de la cena, aunque no a todos se cuentan, ni todos saben —o quieren— entenderlas. Somos cantores mucho más rudos que los preciosistas descendientes del divino Homero, pero, al fin y al cabo, somos trovadores. La palabra nos sale de la boca sin la belleza de los poetas épicos griegos, pero nos sale con el mismo ímpetu y fuego. Nunca mejor dicho: hablamos por hablar, por una necesidad ciega de oralidad. La lengua, podría decirse, es nuestra mente. Lo que no deja de ser una malformación anatómica. De donde se siguen múltiples consecuencias.

En la madrugada de cada 15 de agosto, en el prólogo del nuevo día, un gran número de gijoneses se planta ritualmente frente a la plateada bahía dispuestos a contemplarse en ese espejo de ensueños y oír de él lo que esta ciudad se ha preguntado siempre: habrá otra que pueda ser más hermosa que ella, habrá gente más grandona que ésta, podremos ser por fin lo que no somos. Gijón va a los fuegos a asombrarse, pero va sobre todo a resolver sus viejas dudas. Como el mítico Narciso, también nosotros salimos de ese espejo de pólvora y fuego locamente enamorados de nosotros mismos. Una exageración muy propia. Ateos como creemos que somos, nos estamos convirtiendo en una especie de estatua que mira obsesivamente al cielo. El firmamento se ha convertido en la grandeidad de esta nueva religión pagana. No es sólo que en la madrugada

del 15 de agosto miremos a los cielos, en plegaria o sueño, absorbidos por las volutas de unos vistosos fuegos. Es que ahora repetimos esta obsesión freudiana por el cielo también al comienzo de agosto, cuando aviones supersónicos cruzan las nubes dibujándonos mil juegos malabares, o caen de las nubes paracaidistas luciendo la bandera de España. ¿Qué paganismo celeste será éste? ¿Qué ansiedad de cielos será ésta? ¿Qué mesianismo ocultará esta nueva religión pagana?

Si San Agustín describió la existencia individual y colectiva de los humanos como una eterna y

titánica lucha entre dos ciudades, en muy pocos lugares se visualiza ese combate de forma más clara que en la actual existencia de Gijón, donde luchan el Gijón de siempre y un ansioso y forzado Gijón hipermoderno, con hechuras y artificios de preboste hortera, dispuesto a darle un cambio de cosmética a la viejísima aldea. En el amplio arenal de nuestra bahía, dos atletas desiguales, en resonancia y fortuna, luchan como colosos por la supremacía: la ciudad que ama cada vez más las extravagancias y las mistificaciones, y la ciudad que vive en su antiquísimo encogimiento escéptico. Dos almas contrapuestas tiene, ahora más que nunca, esta ciudad homérica. Un alma artificiosa y excéntrica, y un alma escéptica. Las dos viven juntas en un mismo cuerpo y ambas pelean por apoderarse del viejo cuerpo. Una es prepotente y tiránica, y la otra es insegura y tierna. Una es etérea y poliédrica, y la otra es irónica, descreída y poco heterogénea. Luchan las dos ciudades contrapuestas, una con los pies en el aire y la otra con los pies en la tierra. Una celebra la noche mágica de la pólvora y la otra contempla con dejadez las nuevas cosméticas porque piensa

“*Dos almas contrapuestas tiene esta ciudad homérica; un alma artificiosa y excéntrica y un alma escéptica*”



MIKI LÓPEZ

AYER Y HOY DE GIJÓN. La torre de la Laboral, reflejada en uno de los edificios del Parque Tecnológico. Son pasado y futuro de una ciudad donde luchan «el Gijón de siempre y un ansioso y forzado Gijón hipermoderno».



Recorte por la línea de puntos y pegue esta letra en la casilla correspondiente de su cartilla

que, al final, la historia nos pondrá en el sitio. A los gijoneses les gusta mucho que el duelo lo gane esa alma ruidosa y poliédrica. Que es quien se apodera de la ciudad en la noche de los fuegos. Hasta el punto de que la ciudad parece un gigantesco ritual a un desconocido Apolo al que se le ofrecen sacrificios y hecatombes de cabritos y corderos, chuletones, pixines, lubinas, ventrescas y licores de todas las especies, cuyas grasas ascienden al cielo enroscadas en el humo, como lo pintó el divino Homero.

Vive la ciudad la fiesta, la carnavalada y el ruido como si ello fuera su único sentido. Cuando, en realidad, la ciudad está perdiendo poco a poco su alma gijonesa. Que fue un día crítica, sarcástica, metalúrgica y escéptica. Y se está volviendo cada vez más blanda, acrítica, despersonalizada y bovina. Es Gijón cada vez más poliédrica y menos homérica. Y se parece cada vez menos a sí misma. Con la dorada Aurora del día de Begoña renace un poco la aldea de siempre, la hija de las nubes, la hija de las brisas, la hija del verde y de la mar furiosa. Su carácter auténtico. Reaparece, tras la noche de fuego, el alma diurna, que lleva mil años escudriñando, como un vigía atento, los vientos y la voluntad de los dioses. Reintenta tenazmente la bella aldea volver a su ser y a su sentido, porque intuye, con la sabiduría que le dan los siglos, que, por mucho que se contraprograme, al final volverá la naturaleza: somos ciudad de invierno, no de verano, ciudad de bruma, no de deslumbrantes cielos mediterráneos, ciudad industrial y no mero opio de ocios, ciudad de escepticismo y crítica, y no esa histórica filosofía de activismo, masas y aluviones en que quieren transformarnos y que parece convertirnos en el Benidorm del Norte, como si fuéramos, más que hijos de Homero, hijos de sus cabreros.

Somos viejos hijos del Tiempo, dios muy poco benévolo, hijos de un mar bravío y tenebroso. Y quien ha pasado su historia junto a ese abismo negro, algo sabe acerca del aciago destino y de los cambiantes caprichos de la fortuna. Con la dorada Aurora vuelve el espíritu del viejo día de Begoña tal como era, fiesta simple que se daba a sí misma una ciudad metalúrgica que era muy consciente de que, como dice la filosofía epicúrea, su única patria verdadera eran la pequeñez y la modestia, una postura con mucho más sentido histórico que este confuso soufflé sociopsicológico, que este ansioso opio del pueblo, este festejismo opiáceo de nuevo rico que tanto gusta ahora en la arrebatada aldea y que es totalmente contrario a nuestra genética. Quizá puedan cambiarla. Pero también pueden llevar a esta sagrada tierra al final esculpido en aquel impresionante epitafio de Queronea: «Oh Tiempo, divinidad que velas sobre los sucesos humanos, hazte mensajero ante todos de nuestros múltiples sufrimientos, y cuenta cómo, por intentar salvar la sagrada tierra de Grecia, hemos muerto en las gloriosas llanuras de Beocia». Quizá nosotros mismos estemos levantando nuestro caballo de Troya.